

*Aprendiendo en un
Aula de Enlace*

Un diario de Silvia Arribas

Es un proyecto de: Secretaría de Políticas Sociales de FETE-UGT y UGT



Subvencionado por: Ministerio de Trabajo e Inmigración. Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración. Dirección general de integración de los inmigrantes y Unión Europea, Fondo Social Europeo.



La autora.

Silvia Arribas es profesora de Lengua y Literatura en un colegio de secundaria. Estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y después realizó un curso de español para extranjeros en la misma universidad. Lleva cinco años impartiendo clases de español en el Aula de Enlace de un colegio de secundaria y algunas clases de Lengua y Literatura a alumnos de 1º y 2º ESO.

Introducción

Estos cinco textos del diario son el principio de mi experiencia como profesora de español en un Aula de Enlace. Cada día va acompañado de una unidad didáctica que se corresponde con los contenidos que se explican en el texto. Hay una mezcla de la organización del material y de la información desde un punto de vista práctico y del relato del día a día desde un punto de vista personal en el que se hacen patentes el miedo, la incertidumbre, las dudas y el compromiso.

En el momento de hacer memoria para recordar a los alumnos que formaban aquel primer grupo, aparece la conciencia del paso del tiempo y de cuál ha sido su trayectoria, dónde han llegado y cómo han cambiado desde que aprendieron a saludar en español hasta que obtienen el título de la ESO. Intentar rememorar lo que sentí y ponerle nombre supone en mi aprendizaje un retazo de nostalgia y de asimilación de un aún corto recorrido en la enseñanza que espero dure muchos años.

La realidad de los alumnos que vienen a un Aula de Enlace es tan variada que se podría escribir un diario de cada alumno. Ellos son los protagonistas del diario y gracias a ellos mi trayectoria ha sido muy gratificante. Sus vidas, sus duelos, sus amistades y su evolución en un país extranjero son los puntos fuertes del diario, actitudes y conflictos por falta de comunicación, aprendizaje, agresividad, esfuerzo, empatía y algo de magia son los ingredientes que componen el texto.

Día 1: el principio es un reto

Con la incertidumbre de no saber qué ocurriría con mi vida a partir de aquel día y con la ilusión de poder realizar la profesión que siempre había soñado y por la que había estado luchando los años más dulces de mi juventud, llegué aquel 1 de septiembre de 2004 al centro en el que empezaría a impartir las clases de español a los pocos días.

El profesor que ya daba clases en un Aula de Enlace del centro enseguida me informó de todo lo que debía saber para comenzar. Fotocopias, libros, páginas de Internet... Comprendí que aquello no era dar clase de Lengua a adolescentes sino enseñar de cero el idioma a un grupo de alumnos que ni siquiera sabía de qué país sería su procedencia. El gusanillo de no saber y el compromiso de querer aprender se fundían en varias sensaciones que quizá nunca vaya a volver a experimentar de la misma manera.

Aquel compañero que me presentaron en mi primer día y con el que mano a mano he estado aprendiendo, trabajando y compartiendo se volcó en hacer que todo fuera sobre ruedas. Hoy, no sólo es un compañero, es un amigo sincero que más adelante podréis conocer y que gracias a él la autoestima y la confianza que el primer día te faltan pudieron serme fieles e incluso aumentar con el paso del tiempo.

El método con el que empecé era muy sencillo. El Aula de Enlace tenía una duración de seis meses y se podía solicitar una prórroga de tres como máximo si el profesor/tutor consideraba que el alumno no estaba lo suficientemente preparado como para incorporarse a su curso de Secundaria. Más tarde me di cuenta que eran muchas las ocasiones en las que el alumno no estaba preparado para el gran salto pero era difícil tomar otro camino. Puesto que la duración era de seis meses, la programación consistía en trabajar cada mes un ámbito diferente, por ejemplo, presentaciones y saludos, el colegio, la ciudad... Dentro de cada ámbito se trabajaba vocabulario,

gramática, expresiones, comprensión oral, comprensión escrita, expresión oral y expresión escrita. Esto daba buenos resultados pero con el paso de los años nos dimos cuenta que aún se podía mejorar la programación existente. El material que había publicado era válido y algunos libros se correspondían con aquella programación en ámbitos, pero se quedaba cojo y resultaba insuficiente. Ahora existe un material mucho mejor elaborado e incluso especializado, que resulta muy útil en la enseñanza de ELE y también en la enseñanza de español para alumnos del Aula de Enlace. Con todo, empecé a elaborar mi propio material de trabajo, investigando, comparando con mi compañero, en librerías, en Internet e incluso creando materiales propios que archivaba en las carpetas de cada ámbito que había organizado.

La situación era la siguiente. El quince de septiembre me encontraría como tutora de un Aula de Enlace ante una clase de entre 12-14 alumnos que vendrían de Marruecos, China, Bulgaria, Rumania, Brasil, Polonia, Ucrania... Algunos probablemente sabrían escribir, incluso sabrían algo de inglés, otros no conocerían el alfabeto español y otros no sabrían ni siquiera escribir en su propia lengua. Poco a poco la mente se me iba acomodando a aquella situación con la esperanza de ver el miedo escénico que me rondaba difuminado en un tapiz. Era importante empezar el curso teniendo los datos de los alumnos con los que iba a trabajar, por lo que de tanto observar las fichas con el nombre, apellidos, edad, país de procedencia, curso, centro de referencia, nombre del padre, nombre de la madre...conseguí memorizar algunos datos importantes lo cual me ahorraría trabajo y me permitiría analizar las características de la clase de una manera muy objetiva.

Una de tantas dudas que me revoloteaban por la cabeza, era cómo enseñar español a los alumnos que en su país no estaban escolarizados, alumnos que dedicaban su tiempo a trabajar en el campo, ayudar a sus padres o simplemente

estaban en la calle. Puede que no supieran lo que era un lápiz y seguro que me mirarían raro cuando los hablara, ¿cómo reaccionaría yo? Mi compañero me decía que el echo de que no supieran el idioma no significaba que estuvieran sordos es decir por más que gritara no me iban a entender, buen y acertado consejo. Lo que estaba claro era que había que idear algo para me comprendieran, al menos un poco. Puesto que la mente se pone a trabajar aunque nosotros no queramos, la mía trabajaba incluso cuando dormía, pienso que en vano porque no pude descubrir ciertas cosas hasta que no comencé a dar clases de verdad.

“Creo que estoy preparada para empezar”, me decía constantemente, supongo que para creérmelo. Nunca se está del todo preparado, nunca se conoce todo a la perfección. En fin, con la motivación tan alta como una montaña y el miedo escénico aún sin difuminar del todo me presenté delante de 13 alumnos de entre 12 y 16 años que no sabían absolutamente nada de español y de la vida ya habían aprendido al menos la primera lección. Lo que no sabían es que llevaban ventaja porque algunos con 12 años ni siquiera se han topado con la primera lección. Ahí estaba la prueba de fuego, tanto fuego tanto fuego que estaba a punto de quemarme. Afortunadamente salí ilesa y hasta con una sonrisa de tranquilidad en los labios que auguraba cinco años de aprendizaje, de implicación y de experiencias que hasta aquel momento no había vivido.

Empecé con el Abecedario, las mayúsculas y las minúsculas, lo repetimos varias veces, lo copiamos en el cuaderno, después con huecos y para terminar un poquito de conversación, sí, sí, en árabe, búlgaro y rumano. Sé realista, Silvia, está bien, sigamos por algo más sencillo, saludos, ¡vamos a hacer una pequeña escenificación! Mucho mejor, por lo menos aprendieron a presentarse un poco. Algunas veces me cuestionaba si parecería idiota dando la clase porque empecé por mover las manos para explicar algo y terminé haciendo gestos con la cara,

moviendo los brazos, las piernas, saltando... haciendo todos los movimientos necesarios con el cuerpo para que me pudieran entender mejor. Me miraban atónitos, se reían, quizá de mí, pero después parecía que se habían enterado, después... Después de tres horas. Es curioso que no preocupara lo que sus diferentes idiomas pudieran estar diciendo, puede que me estuvieran insultando o que estuvieran diciendo barbaridades, no me planteé averiguarlo, quizá por esto me ahorré el paso de sentirme ofendida y atacada aunque puede que dijeran sólo que no se estaban enterando de nada y que la profesora que les habían plantado hablaba muy deprisa.

Aquellos alumnos no sabían que era mi primer día de clase en un centro educativo. Muchos venían de Marruecos, Tánger, Tetuán, Casablanca. Entre ellos hablaban en árabe aunque no el mismo árabe e incluso se entendían con dificultad dependiendo de la zona de Marruecos de que vinieran. Por supuesto yo no entendía absolutamente nada de lo que decían pero por sus caras podía adivinar algunas expresiones. Kamal levantaba la mano e intentaba intervenir en las explicaciones preguntando mitad en árabe mitad en español y yo no comprendía nada de lo que quería decir aquel muchacho. Lo repetía varias veces hasta que mi gesto le obligaba a darse por vencido y dejaba de intentarlo. Yo hablaba en español, despacio pero sin gritar, señalando objetos y entre ellos se traducían las palabras de las que se hablaba. Aimad sabía las grafías pero no le gustaba nada trabajar, Morad no sabía las grafías pero llevaba más tiempo en España y se defendía expresándose con frases cortas.

La cuestión era que ni yo les entendía a ellos ni ellos me entendían a mí. Para que la situación no avivara mi frustración me conformé con que en aquel momento aprendieran las grafías y que supieran responder a las preguntas ¿Cómo te llamas? Y ¿De dónde eres? Escribimos todos sus nombres y el mío en la pizarra, escribieron mi nombre en sus idiomas y así fuimos

aprendiéndonos los nombres de todos. Éste fue el primer día, tenía mucho para pensar y tenía mucho trabajo que hacer, ya sabía cómo eran los alumnos y que tenía que empezar de cero con todos aunque algunos avanzarían más rápido. Dejé para más adelante los exámenes de nivel, más o menos sabía el nivel de cada uno pero no obstante realizaría diferentes pruebas para corroborarlo.

No caer en el desánimo y en la impotencia era algo que tenía que trabajar con fervor. Pensar que de todo lo que puedas estar hablando durante una hora o dos seguidas, únicamente el 10% era comprendido por algún alumno era un poco desalentador. Repasé mis objetivos, ¿qué era lo más importante en aquel momento? que se sintieran acogidos, que conocieran el lugar, a los profesores, a los compañeros y que fueran asimilando en su vida aquel cambio ante el que se enfrentaban. Seguramente la situación estaba siendo más dura para ellos que para mí, por mucho que fuera mi primer día y allí estaban aguantando el tirón. El segundo objetivo era que aprendieran español al menos para comunicarse, para expresar sus sentimientos, sus emociones, lo que querían hacer, lo que les gustaba, lo que no les gustaba. Su voz también contaba. Ellos tenían un futuro por delante, un camino complicado pero al fin y al cabo un camino por recorrer y yo debía ayudarles a conseguir destrezas que les permitieran valerse por sí mismos, ir a comprar, rellenar una solicitud, ir al médico y para algunos, seguir estudiando. En un día no podía andar mil pasos, cada día sería un paso más y así sería más sencillo.

Después de esta reflexión me sentía un poco mejor, mi cabeza se puso en marcha y ya tenía tres actividades para el próximo día y dos fotocopias para el siguiente. Mi compañero me preguntó e intercambiamos impresiones, dudas (que seguí teniendo, cada día más) y me reconfortó su manera tan sencilla y natural de ver las cosas.

El Aula de Enlace no es como las demás, ni siquiera como las aulas de ELE, es cierto que se enseña español a extranjeros pero éstos tienen unas características diferentes, su realidad es dura, son adolescentes y están perdidos en un lugar que no conocen, que no entienden y que en muchas ocasiones les es hostil. Dejan en su país familia, amigos, una forma de vivir y una infancia, no siempre desgraciada. Sin caer en falsos e inoportunos paternalismos creo que la acogida juega un papel imprescindible y los primeros días puede motivar o desmotivar el aprendizaje de los alumnos. No debemos sentir pena pero sí empatía para poder entender algunas reacciones que nos descolocan y nos resultan agresivas y fuera de lugar. En el Aula de Enlace se crea un clima de trabajo diferente. Son pocos alumnos y el tutor pasa con ellos al menos cuatro horas diarias. La intención (al menos la mía) era crear un hábito de estudio que después continúen en Secundaria pero también ofrecer la posibilidad de que ellos se sientan tratados como adolescentes, no como extranjeros, darle importancia al estudio y al trabajo pero también a lo que son y a lo que piensan, todos son iguales pero todos son diferentes, todos se merecen la misma atención pero cada uno lleva un ritmo. Su compromiso, su tesón y su esfuerzo son fundamentales para conseguir sus metas.

Todo esto y mucho más lo fui descubriendo con el tiempo pero es bien cierto que aquellos primeros días fueron básicos para poder pasar de la acogida al aprendizaje del idioma.

Además de las horas que yo pasaba en el Aula de Enlace, otros profesores del centro impartían sus materias. Tenían clase de Matemáticas, Ciencias, Música y Habilidades Sociales y tuve la suerte de poder aprender algo de todos mis compañeros que mediante conversaciones esporádicas por los pasillos me informaban del comportamiento, la actitud y la evolución del grupo que no siempre era muy favorable puesto que algunas normas de comportamiento había que repetirlas constantemente, no porque no entendieran sino porque no querían entender.

En el Centro funcionaban dos Aulas de Enlace llenas y ya había alumnos extranjeros en las clases, esto aumentaba el porcentaje de alumnos extranjeros. Debido a este alto porcentaje de alumnos extranjeros se producían problemas de comunicación y conflictos que no se sabía ni por qué se habían producido. Era eficaz y muy valorado el trabajo de mediación que se realizaba para atajar el problema y por supuesto la idea de incidir en el buen comportamiento y en las consecuencias que tenía incumplirlo. Mejorar la convivencia dentro del aula y en el colegio era un reto por el que había que comprometerse cada día.

El problema de la comunicación era patente. Yo me preguntaba cómo pretendíamos entendernos con los alumnos del Aula de Enlace y que todo saliera a pedir de boca si ni siquiera nos entendemos con personas que hablan nuestro mismo idioma. El inicio de la mayoría de los conflictos era esa falta de comunicación que hoy día se extiende por todos los lugares del planeta. A veces discutimos durante un largo rato y concluimos dándonos cuenta que hemos estado diciendo lo mismo pero de diferente manera, quizá esto sea uno de los grandes enigmas de la humanidad que será resuelto por algún erudito pensador dentro de millones de años, la pena es que nosotros nos moriremos sin saber la respuesta ¿por qué nos cuesta tanto comunicarnos? Se me ocurre que si la teoría dice que para que haya comunicación debe haber un emisor y un receptor y que éste tiene que mostrar una actitud predispuesta a recibir el mensaje, ahí es donde fallamos. Nuestras ganas de comunicar se caen por el precipicio en cuanto utilizamos más la boca que las orejas y como nos gusta más hablar que escuchar, pues a hablar, que siempre tenemos muchas cosas que decir. Si todos queremos hablar y nadie escuchar ¿de qué sirve que hablemos si nadie nos va a escuchar?

Los alumnos del Aula de Enlace tienen muchas cosas que decir y les gustaría saber decirlas en español, si les escuchamos

con una sonrisa y mirándoles a los ojos estaremos comunicándonos con ellos de la mejor forma posible.

Esto fue algo que también aprendí durante los primeros días en el Aula de Enlace.

Actividad día 1: deletreando.

Área: Español para extranjeros para alumnos del Aula de Enlace.

Etapa/Curso: secundaria.

Objetivos:

- ✓ Aprender el Abecedario (grafías y pronunciación).
- ✓ Conocer el nivel de los alumnos en español.
- ✓ Interrelacionarse y promover la participación.
- ✓ Aprender los nombres de los compañeros.
- ✓ Tener un primer contacto con el idioma sencillo y motivar la capacidad de todos los alumnos de aprender español.

Materiales: Cuaderno, bolígrafos, lapicero, goma, pizarra, tizas.

Duración: 1 sesión. 1 hora.

Descripción

1. Preguntar a los alumnos si conocen el abecedario en español y preguntar si algún voluntario quiere ponerlo en la pizarra.
2. Escribir entre todos el Abecedario en la pizarra tanto las letras mayúsculas como las minúsculas.
3. Repetir la pronunciación e ir preguntando a los alumnos para que individualmente digan el Abecedario primero mirando y luego sin mirar.
4. Después escribir en la pizarra al lado de cada grafía la pronunciación, ejemplo: B-b (be).
5. Los alumnos escriben en el cuaderno todas las grafías y cómo se pronuncian.
6. Comenzamos a hacer ejercicios para deletrear y al mismo tiempo asimilar el Abecedario si aún no lo han aprendido.

7. Cada alumno va diciendo su nombre y va saliendo a la pizarra a escribirlo en español, los demás lo van de deletreando en el cuaderno.
8. Para terminar van saliendo todos los alumnos por turnos a la pizarra y van escribiendo el nombre que otro alumno vaya deletreando. El profesor irá corrigiendo posibles errores de pronunciación sobre todo. Así todos participan de manera escrita y de manera oral.

Observaciones

Quizá el tiempo marcado sea insuficiente debido a que habrá alumnos que escriban más despacio y haya que bajar el ritmo. Se puede pensar para dos sesiones e incluso se pueden añadir otras actividades lúdicas, hacer un concurso por equipos de deletrear palabras...

Día 2: cuidemos nuestros pasos

Cada día crecía mi motivación por enseñar español. En ninguna de mis experiencias anteriores había tenido tan cerca un proceso de aprendizaje como aquel. Hacía algunos meses, antes de empezar a trabajar en el colegio, estuve impartiendo clases de español a adultos en varias organizaciones de manera voluntaria, pero la falta de constancia por parte de los alumnos y alumnas y la imposibilidad de crear un hábito de trabajo más o menos constante pudo desalentar mi ánimo en muchas ocasiones. Estas experiencias me hicieron perder un miedo sutil por lo desconocido que me sorprendía cada vez que me sentaba delante de alguien que no entendía mi idioma. No sabía nada de aquellas personas que venían a España a ganarse la vida, quizá eran prestigiosos médicos o psicópatas perseguidos que fácilmente podrían esperarme a la salida con un bate de béisbol ¿para qué iban a querer hacerme daño? Me preguntaba por qué sentía aquello entre la culpabilidad de sentirlo y la impotencia de no poder hacer nada por evitarlo. Cuando llegué al Aula de Enlace sabía que aquel miedo existía y podría volver a aparecer en cualquier momento, al menos no me asaltaría estando yo con la mirada perdida y sumida en los despistes que ocasiona la atareada rutina.

Estaba dando pequeños pasos que con los años se convertían en un camino largo, con un hermoso paisaje alrededor pero con algunos tramos pedregosos, áridos y densos aunque era importante caminar al principio con cautela. Durante los primeros días habíamos realizado pruebas y ejercicios variados para determinar el nivel de la clase como grupo y el nivel individual de cada uno. Como era de suponer me encontré con diferentes niveles y un gran potencial. La información que fui recopilando durante estos días era tan necesaria como la preocupación por conseguir que aprendieran a presentarse y explicar sus datos personales. De esta información

dependería la forma posterior de trabajar y de plantear el funcionamiento de las clases. Había tres grupos determinados o incluso se podrían hacer cuatro y sobre todo mucha diferencia entre el nivel avanzado y el nivel cero que era el nivel en el que incluí a los alumnos que no conocían las grafías y presentaban serias dificultades con la escritura, Morad e Ibrahim.

La complicación que surgía era la adaptación del material que tenía y cómo mezclaba actividades en las que todos pudieran participar, motivar a la expresión oral (que por el momento aún me resultaba difícil) y actividades en las que cada uno tuviera que enfrentarse a resolver cuestiones propias de su nivel, lectoescritura, vocabulario, gramática, comprensión lectora, caligrafía... Los alumnos y alumnas tenían edades que oscilaban entre los doce años hasta los dieciséis y lo que estaba claro ya desde el principio era que algunos no iban a tener suficiente tiempo con seis meses en el Aula de Enlace así que habría que solicitar prórroga cuando llegara el momento. En general había un grupo superior de alumnos más jóvenes que tenían doce o trece años y esto facilitó sus relaciones. Una vez acogidos y asentados empezábamos a conocernos un poquito mejor, teniendo yo mis dudas sobre si aquello era bueno o malo. Pasábamos muchas horas juntos y esto tiene una trampa, ellos se conocen mejor entre ellos, lo que puede generar conflictos o una bonita amistad y también me conocen a mí, lo que puede generar demasiada confianza y confusión de roles. Por el momento todo esto sólo eran percepciones y dudas que más adelante tendría que trabajar.

Después de algunas semanas, se había conseguido un hábito de trabajo en la clase y los alumnos y alumnas comenzaban a marcar un ritmo de estudio. Llegó el día de convocar a los padres para una reunión informativa y así ofrecer la posibilidad de presentarnos y proponer una serie de entrevistas cada cierto tiempo para observar la evolución en el aprendizaje de sus hijos e hijas. He aquí el segundo paso de

elefante, lento pero dejando huella. Tendría que preparar muy bien lo que les iba a decir a los padres e incluso traer algún documento traducido para que lo entendieran mejor. Entre mi compañero y yo organizamos el orden y el contenido. Preparamos una circular citando a todos los padres en el centro el próximo jueves por la tarde. A algunos padres ya los conocía porque vinieron el primer día a acompañar a sus hijos e hijas.

Si la primera prueba de fuego ya estaba más o menos superada, ahora vendría la segunda. Me gustaría sentirme como un elefante, inmune, grande, infalible, protegido. ¿Qué iba a hacer yo delante de doce personas a las que no conocía de nada? ¿Se darán cuenta que soy novata? ¿Y si me quedo en blanco? ¿Y si no me entienden? ¿Y si me preguntan algo que no sé? Si hubiera sido un animal, hubiera sido en aquel momento un ratoncillo temeroso, pequeño, indefenso y en cualquier momento expuesto a que un elefante grandullón me hiciera desaparecer con solo dar un paso. ¿Dónde estaba mi confianza? Me la quité de encima en cuanto me puse a pensar que era como un ratoncillo. Lo que me había costado hacerla un hueco y ahora, de la forma más tonta me deshago de ella como si me fuera a hacer daño llevarla conmigo. Este es otro de los grandes enigmas de la sociedad occidental, ¿por qué nos portamos tan mal con nosotros mismos? Me busqué un aliado, el miedo, aquel miedo que ya me había hecho compañía en mis experiencias como voluntaria, presentarme delante de un adulto con una realidad desconocida por mí y la creencia de sentirme incapaz de hacerme entender. Los hombres árabes me imponían un especial respeto, puede que no encontraran suficientemente buena a una mujer joven y española para enseñar a sus hijos. Además estaban celebrando el mes de Ramadán, sin comer, con la oración... Muchos alumnos y alumnas eran de Marruecos... Si quería encontrar motivos para sentirme aún más "preocupada" (por decirlo de una forma suave) iba a encontrar los que estuviera buscando y los que no estuviera buscando, también.

Lo primero que había que hacer era dar a los alumnos y alumnas la circular para que se la hicieran llegar a sus padres informándoles sobre la reunión, día, hora y lugar. Una vez elaborada la circular dedicaríamos unos minutos para esta cuestión.

Esto sucedió de la siguiente manera. Repartí la circular y la leímos en alto todos juntos explicando algunas palabras que pudieran resultar complicadas para ellos. Al terminar les miré, preguntando si habían comprendido. Mi sorpresa fue que no se habían enterado de nada cuando empecé a preguntarles. Repetimos el procedimiento y para reforzar lo comentado hice un esquema en la pizarra: ¿Qué?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿quiénes? Apuntando de manera esquemática la información que traía la circular. Daniel, ¿quiénes tienen que venir a la reunión? Aimad, ¿a qué hora es la reunión? Artur, ¿dónde es la reunión? Nicolay levanta la mano y balbucea de manera prácticamente incomprensible ¿venir padres jueves? (la reunión era un martes) A lo que yo le contesté: “si la reunión es el martes, ¿por qué van a venir tus padres el jueves?” Se me quedó mirando con cara de alucine y supuse que no me había captado, se lo repetí con otras palabras muchos más sencillas: “No” Había que simplificar porque yo estaba a punto de abandonarme en un ataque de histeria o locura transitoria y perdería el norte y el rumbo. Para que esto no ocurriera di por terminada la explicación sobre la dichosita reunión y empezamos con el siguiente tema que nos ocuparía toda la mañana por lo que deduje. Nada más empezar a hablar, el a veces salvador sonido de la campana que anunciaba la hora de salir al patio me taladró los tímpanos y me avivó la parte del cerebro que corresponde con, “voy a perder los nervios”, puse cara de querer saltar por la ventana y les di permiso para que salieran a airearse un rato a ver si con un poco de suerte podrían recuperar algunas de las neuronas que perdieron sin duda por la mañana en el camino hacia el colegio. Yo había perdido

todas mis neuronas y decidí sentarme diez minutos y no pensar demasiado en lo poco y lo lento que estaban avanzando para no caer en la desesperación y en la frustración.

Era un grupo de doce alumnos y alumnas que empezaron en septiembre, pero durante el curso se fueron incorporando y dando de baja algunos, lo que significa que aquel año pasaron por el Aula de Enlace cuya tutoría me correspondía a mí, diecinueve. Muchos tenían la matrícula en otros centros, se irían a otro instituto en cuanto terminaran su periodo en el Aula de Enlace, otros, en cambio continuarían en el centro estudiando secundaria al menos hasta que cumplieran la edad suficiente como para poder elegir si se quedaban o se iban. Una de las mejores alumnas por no decir la mejor era Souhaila, mostraba gran interés por aprender y lo más impactante era su esfuerzo diario, su dedicación y su constancia. Venía de Tánger, tenía varios hermanos y llevaba en España no más de tres meses. Conocía las grafías y participaba en las explicaciones preguntando dudas. Su matrícula la tenía hecha en otro instituto, por lo que tendría que irse al acabar los seis meses. Me cuestioné varias cosas respecto a esto. Debía tratar a todos los alumnos y alumnas por igual y no mostrar en ningún momento preferencias de ningún tipo. Pensé esto de manera muy cabal por supuesto con la cabeza y dejando que el sentido común cobrara el protagonismo que se merecía. Lo cierto es que aquella reflexión no era tan sencilla llevarla a la práctica aunque por supuesto lo intentaba cada día. Ella tenía algo especial, lo que todo profesor quiere ver en los alumnos, tenía ganas. Me parecía injusto que tuviera que cambiarse de centro después de seis meses. En mi ardua tarea de guardar las distancias y no dejar entrever ni un ápice de mis sentimientos hacia ellos, se me hacía necesario tener claro cual era mi trabajo. Sin ser demasiado estricta y sin dar mucha confianza comencé la perpetua búsqueda de un punto que llaman el “punto medio” en el cual dicen que se encuentra la virtud y debido a que

todavía la virtud distaba mucho de conocerme no me quedaba más remedio que perseguir el término medio tan deseado por todos. En el periplo de mi aprendizaje ahora puedo ver una evolución que comentaré más adelante.

El tema que aquel día íbamos a trabajar sería aprender a presentarse, decir sus datos personales y aprender saludos. Les facilité a cada uno una fotocopia que simulaba una solicitud para poder hacerte el carnet en una biblioteca. En la ficha deberían rellenar los huecos con los datos personales de cada uno: nombre, apellidos, edad, curso, DNI o pasaporte, nacionalidad, fecha de nacimiento, nombre del padre, nombre de la madre, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico. Nos atascamos primero en la fecha de nacimiento y terminamos comentando cuándo eran nuestros cumpleaños y de qué signo del zodiaco era cada uno (me puse una tarea pendiente, aprenderme los meses que corresponden con cada signo porque ya no sabía si capricornio era en marzo, junio o abril). Muchos no se acordaban ni de su teléfono, ni del de sus padres ni de su dirección y mucho menos de su DNI o pasaporte. Al final yo no sabía si realmente no se acordaban o no entendían qué era eso de dirección, domicilio, dónde vivo..."pues en una casa" estarían pensando. Cuando más o menos habían terminado la ficha y habíamos resuelto dudas, es decir, después de cincuenta y cinco minutos, pasamos a la parte práctica. En parejas, durante un rato intercambiarían los datos, con preguntas y respuestas que puse en la pizarra: ¿Cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?, ¿de dónde eres?, ¿dónde vives?...Después cada uno sería presentado por su compañero al resto de la clase y presentaría a su compañero. Esto nos llevó el resto de la mañana. La tarea para el próximo día sería completar los datos que no se acordaban, dirección, teléfono... y preguntar a sus padres los datos que no supieran.

Llegó el día de la reunión de padres. ¿Sería demasiado pedir que esto pasara rápido? Preparé la clase, ordené las mesas

repasé los puntos a tratar... Empezaron a llegar los padres. Me sorprendí al ver a alguien conocido: ¿Trabajas aquí? Me preguntó. Le conocí cuando había estado dando clases de español a adultos, organizaba los grupos y me aconsejaba sobre material. Se alegró por mí y a mí me ilusionó verle. Venía en lugar del padre de Souhaila (lo que es la vida) la daba clases él de español y me contó que tenía mucha amistad con la familia, les ayudaba con lo administrativo y con el idioma. Iban llegando los padres. Esperamos los cinco minutos de cortesía para empezar. Ni mucho menos habían asistido todas las familias. Habría cinco madres y un hermano. Las madres de los búlgaros y los rumanos y el hermano de Kamal. No me entendían muy bien pero lo más importante sí lo comprendieron. Hablamos de las normas de convivencia, expliqué qué era el Aula de Enlace y comentamos dudas que surgieron.

Ese mismo día todos los tutores de todos los cursos teníamos reunión de padres. No sé cómo se sentirían el resto de los tutores pero en ese momento me sentía a gusto, me parecía sencillo hablar con ellos y no me incomodaba poder resolver cuestiones que les constaba un gran esfuerzo presentar en español. Estuve un rato largo hablando con ellos y les insistí en que vinieran a hablar conmigo al menos una vez al trimestre, aunque también podían ponerse en contacto conmigo por teléfono. Así acabó el día que tanto había estado temiendo. No había sido para tanto. Si lo llego a saber no me como tanto la cabeza. Claro, no lo sabía, lo desconocido causa miedo e inseguridad, de ahí vienen muchos conflictos que podrían haberse evitado.

No querer resolver todos los enigmas sociales, académicos y personales que me iban surgiendo poco a poco, no querer llegar al final sin haber pasado por el principio y por el medio y no querer darle tanta relevancia al miedo sino encontrar en él una enseñanza y un conjunto de datos sobre mi persona, sería el siguiente paso que me propondría dar, y aquel paso no sería de ratón, tampoco de elefante, sería mi paso, el paso de Silvia, ni

grande, ni pequeño, ni rápido, ni lento, ni fuerte, ni débil, sería un paso hasta poder intuir la tan supervalorada virtud que se consigue caminando por el término medio. Quién sabe si algún día lo conseguiría. Era importante ir poco a poco. Debía enfocar mis fuerzas en cuidar mi autoestima puesto que para caer en la frustración bastaba con corregir el cuaderno de algún alumno y sin culparle, era necesario darse cuenta de que los resultados que yo podría ver si es que vería alguno tendrían que ser, sin duda, a largo plazo. Ningún alumno y ninguna alumna saldría del Aula de Enlace con el poder de la oratoria ni escribiendo poemas que rozaran la candidatura a adquirir un lugar en la Real Academia. Acercar mis pretensiones a la realidad me evitaría experimentar estados desastre emocional y profesional. Cuando salgan del Aula de Enlace los más aventajados y los más privilegiados saldrán a su curso correspondiente y no serán capaces de seguir una clase de cualquier materia en español. Si quiero que ellos no se frustren, no debo hacerlo yo.

No todo era tan dramático como mi mente me había querido hacer ver. Aquello no era dar clase de Lengua y Literatura en cualquier curso de la ESO, muchas cosas eran igual pero otras eran muy diferentes, no era para lo que yo me había estado mentalizando los años de la carrera, sin desprestigiar ninguna de las dos tareas no podía engañarme pensando que en dos semanas podríamos hacer un comentario de texto sobre un poema de García Lorca. Siempre había deseado enseñar Literatura y acercar el gusto por la lectura a chavales que viven en la era de las nuevas tecnologías y de la modernización digital. Esto era otra cosa. Para mí una oportunidad para aprender y una oportunidad para enseñar. La Literatura tendría que esperar.

Actividad día 2: ¡Hola!, ¿cómo te llamas?

Área: Español para extranjeros para alumnos del Aula de Enlace.

Etapas/Curso: Secundaria

Objetivos:

- ✓ Ser capaz de expresar y escribir los datos personales propios y preguntar los de otra persona.
- ✓ Aprender el vocabulario apropiado para rellenar un impreso o una solicitud de carácter administrativo.
- ✓ Fomentar la comunicación entre los alumnos y hacer hincapié en la importancia de saber los datos propios.
- ✓ Conocer expresiones adecuadas para presentarse y presentar a otros.
- ✓ Trabajar la expresión oral y la participación grupal.

Materiales: Cuaderno, bolígrafos, lapicero, goma, pizarra, tizas.

Duración: 1 sesión. 1 hora y 30 minutos.

Descripción

1. Se reparte a los alumnos y alumnas una fotocopia que consista en rellenar algo parecido a una solicitud, una inscripción... En ella deberán escribir sus datos personales: nombre, apellidos, edad, fecha de nacimiento, DNI o pasaporte, nacionalidad, dirección, teléfono, nombre del padre y nombre de la madre.
2. Es importante aclarar el significado de las palabras que no se comprendan para proseguir.
3. Cuando todos hayan terminado de completar el impreso se pone en común expresando uno a uno en primera persona sus datos:

- “Me llamo---”, “tengo---años”, “soy de---”, se pueden escribir las expresiones en la pizarra para facilitar el ejercicio.
4. Para promover el diálogo y la interrelación entre alumnos y alumnas organizamos al grupo por parejas. Cada miembro de una pareja deberá preguntar los datos al compañero y ser preguntado. El participante 1 pregunta: “¿Cómo te llamas?”, el participante 2 responde: “Me llamo---” El participante 1 pregunta: “¿Cuántos años tienes?” El participante 2 responde: “Tengo --- años”. Así se van intercalando preguntas y respuestas entre las parejas. Algunas preguntas necesarias serían:
- ¿Cómo te llamas?
 - ¿Cuáles son tus apellidos?
 - ¿Cuántos años tienes?
 - ¿Cuál es tu fecha de nacimiento?
 - ¿De dónde eres?
 - ¿Cuál es tu número de pasaporte?
 - ¿Cuál es tu dirección? ¿Dónde vives?
 - ¿Cuál es tu teléfono?
 - ¿Cómo se llama tu madre?
 - ¿Cómo se llama tu padre?
5. Se deja un tiempo de 10, 15 minutos para que hagan la actividad entre ellos y después tendrán que presentar al compañero diciendo los datos que han sido intercambiados: “Se llama Daniel, tiene 13 años, es de Bulgaria...”

Observaciones

Es recomendable que las parejas las haga el profesor intentando agrupar alumnos y alumnas que no sean de la misma nacionalidad para no dar facilidad a que hablen en su propio idioma. Si el grupo tiene un número impar no importa que haya un equipo con tres participantes. Una variante para añadir al final es preguntar para ver si se han enterado de los datos de los compañeros: “¿Cuántos años tiene Kamal?,

¿de dónde es Lenti?, ¿dónde vive Jordan? Motivar así al diálogo y a la participación.

La utilidad de esta sesión se va a hacer patente a lo largo del curso. Se puede retomar el tema cada vez que viene un alumno nuevo al aula o cada vez que entre alguien desconocido, un alumno de otro curso, otro profesor, otra profesora... Nos presentamos delante de alguien que no nos conoce y repasamos de manera oral las expresiones fundamentales.

Día 3: la riqueza de lo diferente

Se oía por la radio y por la televisión que la afluencia masiva de inmigrantes a la Península estaba desbordando a las autoridades y la situación empezaba a ser preocupante. Entraban cientos de africanos en cayucos a las costas canarias arriesgando su vida, huyendo de los conflictos en Sierra Leona y de la miseria de países en guerra, maltratados por gobernantes injustos y por guerrillas que obligaban a niños inocentes a coger un fusil con apenas siete años. Bulgaria y Rumania habían caído en una precariedad pasmosa que obligaba a miles de personas a buscarse la vida en otros países. En Marruecos, el rey Mohamed hacía alarde de una inmoral riqueza plasmada en su lujoso palacio mientras la población se moría de hambre o malvivía en pueblos perdidos y olvidados. En España se empezaba a notar una gran disconformidad social con esta descontrolada entrada de inmigrantes en nuestro imperio. Los españoles, celosos de lo nuestro y protegiendo lo que siempre hemos considerado de nuestra propiedad expresábamos públicamente el miedo que sentíamos ante la invasión que estábamos sufriendo. Las tiendas de chinos con los productos más baratos y las discotecas con música latina no nos hacían mucha gracia. En los bares contrataban camareros y camareras extranjeros, en la cola del médico más de la mitad eran madres marroquíes con cinco niños cada una y por supuesto en los colegios nuestros hijos tenían que compartir pupitre con un negro que no sabía ni coger un lápiz, ¡qué aberración! lo peor era que los políticos no hacían nada.

La inmigración era el tema más manido y más conflictivo. Ante aquel “boom” social surgían varias teorías antropológicas y salían a la luz nuestros peores sentimientos de superioridad y de indignación. Considerando nuestro país como territorio inviolable y por supuesto a los españoles y las españolas sumos gobernantes, se confundía el patriotismo nacional con la falta de

consideración con los demás al no apostar por una sociedad plural y rica en ese pluralismo. “Cuanto más patriótico soy, más odio a los extranjeros” Esta argumentación absurda y bastante necia abundaba entre la población. Además los medios de comunicación incitaban a las masas dando noticias referidas a robos, conflictos y venta de drogas producidos por mafias rumanas, traficantes hispanoamericanos y marroquíes.

¿Cómo afectaba todo esto en el Aula de Enlace? Pues mucho como es de suponer. Estas aulas habían sido creadas para facilitar el aprendizaje del idioma antes de incorporarse a la enseñanza secundaria pero a los ojos de los demás eran un ghetto de extranjeros que daba un poco de miedo y nos hacía cuestionarnos prejuicios personales a los profesores que entrábamos allí y a los demás profesores también aunque en menor medida. Amigos y conocidos me preguntaban a menudo si a mí me gustaba enseñar en el Aula de Enlace y con el paso del tiempo me llegaron a preguntar en alguna ocasión que cuando iba a empezar a dar clases “de verdad”. A mí se me quedaba cara de imbécil y me preguntaba qué era lo que estaba haciendo en el Aula de Enlace que no era dar clase. Como esto no me preocupaba decidí seguir con mis objetivos e intentar enseñar algo de español a aquellos chavales. Los alumnos y alumnas del Aula de Enlace empezaron a saber manejarse con el idioma y se sentían cómodos en el centro, respaldados y con un grupo de amigos que les daba seguridad y confianza. Esto les hizo relajarse y ya no eran los niños aplicados y callados que llegaron el primer día. Olía a conflicto y a reprimenda.

En los últimos días había crecido la agitación entre los alumnos y alumnas del Aula de Enlace. Se habían quedado castigados en varias ocasiones por hablar e interrumpir las explicaciones. Algunos profesores me habían dicho que en sus clases también hablaban, se distraían y se molestaban entre ellos. Aprendí algunos insultos y más de uno tuvo que copiar cien veces “No debo decir___” en clase”. Estaban un poco

subiditos de tono y mi paciencia iba a estallar en vítores, serpentinas de colores y fuegos artificiales. Siempre he pensado que la paciencia hay que cuidarla. Es bueno tener mucha pero "agárrate donde puedas" cuando a alguien que tiene mucha paciencia se le termina el suministro y no se puede sacar más, el estallido que se produce puede ser monumental. Cuando se pierde la paciencia se pierde la paz y el sosiego interior se torna intranquilidad basada en un cúmulo de sentimientos difíciles de explicar.

Un día tocó el timbre y salimos todos al patio para oxigenarnos un poco y descansar. Cuando regresamos al aula todos se sentaron en sus lugares correspondientes y comenzamos con la tarea que nos tocaba, al cabo de unos minutos un profesor entró en clase con un alumno de 1º ESO acusando a un grupo de marroquíes de haber quitado el balón e intimidado al chico. La sangre de mi cerebro hervía como si hubiera estado dos horas al fuego. Mi enfado crecía por momentos y me preguntaba por qué habían hecho una cosa así. Les pregunté quién había sido, no supieron explicarme con claridad pero intuí que habían sido varios y que era una "gracia" absurda y sin gracia que encendió el botón de mi ira. Mi rostro serio y mis palabras tajantes pareció que les asustaron por que les mandé callar con seguridad dos veces y todos pararon de hablar y me miraban con asombro. La reprimenda que solté fue la siguiente: "¿Sabéis qué estáis haciendo aquí? ¿Para qué estáis en el Aula de Enlace? No tenéis ni idea de hablar español y os permitís el lujo de hacer el tonto en clase, de insultaros y de meteros con un chico de 1º. Aquí no estáis para hacer tonterías, vuestros padres trabajan día y noche para que no os falte de nada y vosotros perdéis el tiempo. Sólo tenéis que hacer una cosa y no sois capaces de hacerla. ¿Qué creéis que vais a hacer en España si no sabéis hablar español? ¿Os parece bien vuestra actitud? (Estaba muy enfadada, gesticulaba con la cara y con las manos y no se movía ni una mosca. No sabía si me estaban entendiendo pero en sus

caras pude ver su arrepentimiento.) ¿Queréis que hable con vuestros padres y les cuente lo que venís a hacer al colegio? (Eso sí lo habían entendido. Todos dijeron que no varias veces. Yo sabía que los padres de los marroquíes les pegaban cuando hacían algo malo, por eso sus caras cambiaron al instante.)”

Estuve casi cuarenta minutos sin parar de hablar, ellos a penas respiraban. Cuando terminé Kamal dijo con un acento cerrado, gracioso y por supuesto fácilmente mejorable: “Perdún, profesora.” Los demás asintieron como sumándose a las disculpas del compañero y yo les respondí: “A mí no me pidáis perdón, se o decís al compañero al que le habéis quitado el balón y a los profesores a los que habéis molestado todo este tiempo.” A partir de aquel momento su comportamiento mejoró un poco. Tampoco es que fueran unos santos pero al menos empezaron a ser conscientes (algunos) de lo que estaban haciendo allí. Aún quedaba mucho curso por delante y habría que esperar al final para que realmente tomaran conciencia de la importancia que tenía aprender español, pero todo acto que contribuyera a fomentar este objetivo no estaba de más. Aquella familiaridad no me gustaba demasiado. Era cierto que pasaba muchas horas al día con ellos y sin yo quererlo cogían confianza y la clase se prestaba a comentar asuntos que no tenían mucho que ver con la clase de español. Aquello no era malo pero si les daba un dedo, ellos me cogerían el brazo por lo que deduje que debía actuar con cautela.

Uno de los peligros que tiene el Aula de Enlace es ese ambiente que se crea coloquial y cercano. Son pocos alumnos y alumnas y comparten seis horas todos los días. Se realizan actividades lúdicas y de conocimiento lo que permite mejorar la convivencia y la acogida. Sin embargo, no hay que olvidar que deben adquirir un hábito de estudio y un comportamiento adecuado en clase para facilitar la salida a su curso de referencia. Ellos eran muy diferentes unos de otros, eso era lo bueno y lo menos bueno, suponía más trabajo pero más riqueza

también. ¿Cómo encontrar la riqueza y la forma de aprender de todo aquello? El hecho de que cada uno pudiera aportar su granito de arena al proceso de aprendizaje y el hecho de estar allí, en un aula, siete marroquíes, una china, una rumana, cuatro búlgaros y una española era curioso y fuera de lo normal. Todos aprendíamos de todos, todos nos podíamos comunicar con todos y lo inexplicable era que lo podíamos hacer. Quizá es algo complicado de explicar pero se podría concluir afirmando el encuentro de la riqueza que da la pluralidad e intentando no caer en los tópicos de la tolerancia definir la situación como un conjunto de costumbres, herencias, historias, religiones, gestos, olores, dificultades, injusticias sociales, comidas, palabras y maneras de relacionarse que bien agitado daría un interesante cóctail. ¿Y si al probarlo no me gustaba?

Pasaban las semanas y casi todos los días eran un reto que asumir. Comportamiento, contenidos, problemas de los alumnos, tutoría, elaborar material, recoger información, archivar documentos...Intentaba no dejar ni una sola hora a la improvisación, todo debía estar calculado y organizado. También era bueno asumir que aunque estuviera preparado luego podía darse la situación que saliera mal la actividad y no quedara más remedio que improvisar. Tener un as bajo la manga tampoco viene mal de vez en cuando. Había dinámicas que funcionaban mejor que otras pero para darme cuenta tuve que fallar mucho y quedarme con lo que era realmente práctico. El socorrido recurso de la repetición nunca fue mal. Repetir mil veces las cosas importantes que quería que aprendieran siempre daba resultado. Habíamos aprendido a presentarnos y a saludar. Lo próximo que deberían aprender serían los números.

Algunos ya conocían los números, al menos del uno al diez, pero otros no tenían ni idea por lo tanto empezar de cero resultaba lo más razonable. Les pregunté si conocían los números del uno al diez. Los que respondieron que sí tuvieron la posibilidad de demostrarlo y decir en alto los números que

sabían. Después escribí en la pizarra primero los números del uno al diez y después de repetirlos todos en alto, añadí del diez al veinte. Casualmente tenía una fotocopia con los números en árabe y se la repartí a los alumnos y alumnas marroquíes. Aprovechamos esto para decir cada uno los números en los diferentes idiomas y al final hacer un pequeño juego de rapidez que vendría muy bien luego también para aprender los colores y los objetos de la clase. Hicimos entre todos varias tarjetas, en cada una poníamos número con letra y con el símbolo: 5 (en una tarjeta), cinco (en otra) así hasta cuarenta tarjetas. El tamaño de las tarjetas era de una cuartilla para que se viera bien desde los sitios. Cuando ya las tuvimos todas les mostraba una por una, los alumnos y alumnas salían individualmente a la pizarra y dependiendo de lo que aparecía en la tarjeta que yo mostrara, o decía el número o lo escribían en la pizarra. Cuando salieron todos lo hicimos más rápido. Cada alumno desde su sitio debía decir cinco números seguidos que yo le fuera mostrando con las tarjetas. Era una actividad de rapidez y conocimiento que les resultaba divertida. Les mandé como tarea aprenderse bien los números del uno al veinte porque al siguiente día repetiríamos la dinámica y con esto se motivaron un poco más.

Los alumnos y alumnas del Aula de Enlace se hacían poco a poco cada vez más presentes en el centro. Crecía la capacidad de interactuar y ellos mismos ganaban confianza. Se relacionaban con chicos y chicas de otras clases y hacían lazos entre ellos. Estaban consiguiendo romper el caparazón bajo el que se sentían protegidos desde que llegaron al colegio. Estaban empezando a experimentar que estar debajo de un caparazón está muy bien pero el campo de visión es muy pequeño, sólo dos palmos. La mayoría iba aumentando ese campo de visión y encontraba gratificante el poder ver más allá, la belleza de la inmensidad, la incertidumbre de lo desconocido y las alas que llevan por el camino por el que se opte. No todos mostraban interés por salir de la cueva, algunos tenían tanto miedo y tanta

inseguridad que eran incapaces de pronunciar ni una palabra en español a no ser que se les obligara. Habría en total, entre las dos Aulas de Enlace unos veinticinco alumnos extranjeros. Era el momento de dejarles salir del nido y dejarles que equivocaran sus pasos para aprender de los errores. Era un grupo muy variado, había alumnos que mostraban interés por aprender y se esforzaban cada día por traer los ejercicios hechos de casa, pero otros no estaban motivados y su interés escaso perjudicaba el buen funcionamiento de las clases. Dentro del aula se aplicaban las mismas normas de convivencia que en el resto del colegio y si un alumno o alumna debía ser expulsado unos días se llevaba a cabo el procedimiento adecuado. No eran unos santos pero tampoco los culpables de todo lo que pasara y dependiendo del trato que recibieran podrían tomar posturas victimistas y acusar injustamente de racismo a cualquiera que se les pusiera por delante.

Me di cuenta de la importancia que algunos pasos podían tener para que el funcionamiento de las clases fuera óptimo. Decidí dejar en la mesa del profesor un cuaderno para apuntar cada día lo que sucedía en el aula: si algún alumno o alumna no había venido a clase, si llegaban tarde, si se habían portado bien o mal... La comunicación con los profesores que impartían clase en el aula era fundamental y aunque ya la había, todo método que aportara más información sería bienvenido. Tuve la suerte de tener muy buenos compañeros y era fácil trabajar con ellos. Aprendí de sus destrezas y de sus habilidades. Además, para una mejor organización, compré varios archivadores donde dejaba escrito cada día lo que yo hacía en mis clases y el material que había utilizado, fotocopias, libros... De esta manera si alguien quería consultar lo que los alumnos estaban estudiando en la asignatura de Lengua podrían mirar los archivadores. La seriedad en la organización hacía que los alumnos y alumnas se dieran cuenta de que aquello no era un

juego, ellos tenían un compromiso que cumplir y si no era así, habría que asumir las consecuencias que vendrían después.

Podríamos haber caído en el error de observar a los chavales con las gafas de la compasión y no les hubiéramos hecho ningún favor. Era cierto que tenían situaciones difíciles y sus vidas eran complicadas pero con sentir lástima no llegábamos a ningún sitio. Fui siendo consciente con el tiempo que la empatía no es compadecerte de lo que a otro le pasa sino ponerte en su lugar e intentar sentir lo que siente, no para tener pena y quedarnos en la pena, sino para intentar ayudarle desde ese sentimiento. Saber mirar con compasión es una gran virtud pero en este caso, como ya dijimos anteriormente la virtud está en encontrar un término medio en el que no me pase de compasivo ni de autoritario.

¿Quién me decía a mí si iba por el buen camino y si los métodos que utilizaba iban a ser factibles? ¿Quién me decía si mis reflexiones sobre la inmigración eran acertadas o no? Nadie, no supe a ciencia cierta que aquello que estaba experimentando era más correcto o poco correcto, sólo eran impresiones que me suscitaban afán por querer saber, querer conocer y mejorar lo que hacía, supongo que como todo profesor que esté motivado con su profesión.

No hace mucho tiempo desde aquel 2004 en el que la sociedad española se sentía invadida, aún hoy nos quedan resquicios de aquellas sensaciones y todavía en algunos sectores se siguen viendo a los extranjeros como una amenaza hacia nuestra integridad. Si consideráramos el mundo como un lugar en el que todos cabemos y en el que nadie es poseedor de nada nos costaría menos trabajo compartir un lugar habitable y no sentirlo de nuestra propiedad. Si consideráramos a nuestros semejantes como iguales en derechos y en valores no caeríamos en la tentación de pensar en una religión mejor, en una raza mejor ni en un país mejor. Ver el exterior de un solo color acota

La forma de vivir y nos prohíbe la expansión por las “riquezas” no materiales del planeta. La variedad multicolor y las diferentes posibilidades de vivir y hacer las cosas, amplían nuestro campo de visión y nos acercan un poco más a la felicidad que tanto queremos conseguir pero que muchas veces alejamos de nuestro camino sin darnos cuenta por mantenernos fieles a una ideología, a una patria o a una creencia por encima de las personas.

Actividad día 3: ¡¡¡¡Bingo!!!!

Área: Español para extranjeros para alumnos del Aula de Enlace.

Etapas/Curso: Secundaria

Objetivos:

- ✓ Aprender a escribir con letras y a pronunciar los números del 1 al 100.
- ✓ Motivar a la participación y a la expresión oral.
- ✓ Fomentar los momentos lúdicos y su aportación práctica en el aula. El juego es fundamental en la enseñanza de idiomas y su aplicación en el aprendizaje contribuye a crear en los alumnos una mejor forma de atención e implicación con la actividad que se está llevando a cabo.

Materiales: Cuaderno, bolígrafos, lapicero, goma, pizarra, tizas, cartulinas y colores.

Duración: 1 sesión. 1 hora.

Descripción

1. Antes de empezar es conveniente preguntar a los alumnos si conocen los números en español. Algunos han aprendido sobre todo los diez primeros números y podemos invitarles a que compartan su información.
2. Después escribimos en la pizarra los diez primeros números y los repetimos varias veces para apoyar la memorización. Ampliamos hasta el veinte y a partir del treinta solamente escribimos en la pizarra treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta, noventa y cien.
3. Explicamos el método que debemos seguir para formar los números conociendo ya del uno al diez.
4. Preguntamos a los alumnos y alumnas de manera rápida y seguida escribiendo un número en la pizarra y nos tiene que decir cómo se dice. Participan todos los alumnos.

5. También se pueden pregunta al revés. Un alumno o alumna sale a la pizarra y el profesor dice un número que él o ella tendrá que escribir. Se puede hacer varias veces hasta que más o menos se los hayan aprendido.
6. Al final se les explica que vamos a participar todos en un juego que se llama Bingo. Anteriormente se han preparado los cartones con cartulinas y se le reparte a cada alumno y alumna un cartón con los números que les toquen.
7. Se llevan en una bolsa los números en papeles pequeños y se van sacando, el profesor o algún alumno. Pueden sacar cada uno un número. Así hasta que salen todos y hay un ganador o ganadora.

Observaciones

Si se tiene o se puede conseguir el juego del Bingo es mucho más real pero los objetivos se pueden cumplir también con un juego casero. Es posible alargar el juego repartiendo más cartones o realizando más partidas.

Día 4: fuera del tiempo, dentro del mundo

Había transcurrido ya casi el primer trimestre. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y el final de evaluación a punto de terminar. Era un tiempo revuelto, los profesores terminaban de poner notas y los alumnos esperaban ansiosos el 22 de diciembre para despedirse. Algunas lágrimas se presagiaban y se iban preparando para encontrar el mejor modo de decir a los padres el número de suspensos.

En el Aula de Enlace todo era más tranquilo, no teníamos notas oficiales pero sí les entregábamos un informe de seguimiento en el que se transmitía a los padres la información, lo más completa posible sobre los alumnos, notas de exámenes, actitud, comportamiento, evolución... Siempre nos quedaba la duda de si podrían entender el informe. Intentábamos que no fuera muy complejo en el vocabulario y siempre concretando los datos. Este informe llevaba su tiempo de elaboración. Teníamos doce alumnos en cada Aula de Enlace y entre mi compañero y yo hicimos un modelo de informe común que los dos utilizaríamos. Con el tiempo, en años sucesivos fuimos revisando los modelos de informes y mejorando cada documento. Al principio incluíamos el nombre y los apellidos de cada alumno y después diferentes apartados en los que escribíamos la información. Este informe se les entregaría el último día de clase y lo deberían traer firmado por sus padres o tutores a la vuelta de Navidad.

Yo seguía investigando sobre material para el Aula de Enlace, buscando en Internet y en librerías como un gato callejero buscando alimento. La elaboración de mi propio material era lo que más tiempo me llevaba. Pasaba horas delante del ordenador haciendo fichas de trabajo para cada nivel y bajando documentos interesante de Internet. Después lo

archivaba todo debidamente para la utilización propia y la de los profesores que necesitaran consultar algo concreto. Cada vez estaba más convencida que el Aula de Enlace era un mundo diferente pero no sólo para los alumnos también para los profesores. Al menos era la sensación que yo percibía.

El claustro estaba compuesto por unos veinte profesores de diferentes materias. Entre los profesores de las materias se relacionaban porque tenían programaciones en común y alumnos en común. Era necesario el diálogo entre ellos para controlar el seguimiento de los alumnos. En el Aula de Enlace en el que yo era la tutora impartían clase cuatro profesores y algunos únicamente tenían una hora. Como ya he mencionado nuestra relación era muy satisfactoria y sobre todo en mi primer año aprendí mucho de su experiencia. Esto significaba que con el resto del claustro apenas tenía relación. Parecía que los del Aula de Enlace estuviéramos metidos en una burbuja ajenos a todo lo que pasaba en el colegio y aunque me daba cuenta de aquello y reconocía que sería mejor pertenecer a un todo, el hábito de trabajo y mi preocupación por llevar cada día todas las horas de clase preparadas perfectamente me impedían poner remedio a aquello. El Aula de Enlace debía salir al exterior, conocer y hacerse conocer, sobre todo porque esto era bueno para los alumnos. En las conversaciones con mi compañero estábamos de acuerdo en esto y compartíamos la percepción de sentirnos un poco en otra realidad. Le fuimos poniendo remedio a esto pero no fue fácil. Es difícil que los demás te valoren por lo que haces si nadie sabe lo que haces. Parecía que estábamos fuera pero en realidad estábamos dentro.

Entre villancicos y zambombas, vocabulario navideño, turriones, festival de Navidad y ¿cómo se celebra la Navidad en tu país? Terminó la evaluación y nos fuimos todos a nuestros respectivos hogares a descansar y disfrutar de unos envidiados días de relax. Les habíamos preparado unos ejercicios de repaso sobre todos los contenidos que habíamos estudiado (que eran

muy pocos) durante el primer trimestre, cada uno adaptado a su nivel. Por supuesto se habían quejado y habían puesto el grito en el cielo pero para motivar a su realización les habíamos puesto en el informe a sus padres que debían realizar durante las vacaciones los deberes que tenían. Esto no aseguraba nada y sabíamos que muchos no lo iban a traer pero era importante intentarlo.

Como es sabido, regresar al trabajo después de quince días de descanso no se hizo sencillo. Había que comenzar de nuevo, aún nos quedaban muchas cosas por hacer. El primer día es el día de la marmota. Entre que te cuentan lo que han hecho en vacaciones y recoges los deberes de los que se han dignado a traerlo, junto con la recogida de las notas firmadas, ya casi se ha pasado la mañana. Souhaila estuvo en Marruecos con su familia, me trajo unas babuchas blancas preciosas que aún hoy guardo con cariño, los búlgaros y rumanos no fueron a sus países pero sí compartieron con el resto cómo habían pasado la Navidad.

Había llegado el momento de que algunos alumnos dieran un paso al exterior y empezaran a salir a algunas asignaturas en su curso de referencia. Mi compañero y yo hicimos un cuadro con los alumnos que tenían mejor nivel y podrían ser capaces de entender algo en materias como Educación Plástica, Educación Física y Música. Teníamos entre las dos aulas unos diez alumnos. El procedimiento era el siguiente. Le comunicamos el jefe de estudios que diez alumnos de las Aulas de Enlace saldrían a ser posible en enero a las asignaturas mencionadas en sus cursos correspondientes. Nos sentamos a ver cuál era el curso de cada alumno y las horas que tenían cada asignatura para hacer un horario a cada alumno y supieran a qué hora tenían que salir y a qué asignatura. Yo tenía que hacer el horario a Lenti (de Rumanía), a Souhaila (de Marruecos), a Daniel (de Bulgaria), a Artur (de Ucrania) y a Nikolay (de Bulgaria). Era bastante trabajoso, sobre todo si no lo habías

hecho nunca. Aparecieron varios temores: miedo a equivocarme de asignatura, de hora, de alumno, en fin tampoco era tan grave, si me equivocaba podía rectificar. Después de quince días aproximadamente los alumnos empezaron a salir a las asignaturas. Los profesores de cada asignatura tenían un informe de cada alumno nuevo que se iba a incorporar a su clase y nosotros habíamos avisado a los profesores que entraban en el Aula de Enlace y habíamos puesto en cada clase un horario global con todas las horas y todos los alumnos que salían a cada asignatura para que supiéramos los alumnos que debían estar en el Aula de Enlace en cada hora. Era bastante lioso pero necesario para que ellos cumplieran el horario y hubiera un control de asistencia.

Los alumnos y alumnas que saldrían en los próximos días estaban impacientes por salir del Aula de Enlace. Ellos sabían que todavía no tenían un nivel de español como para entender a la perfección todas las explicaciones pero sería bueno para ellos que se relacionaran con otros profesores y con otros alumnos. Yo insistía en que no se desmotivaran si no entendían nada, porque seguramente sería lo que iba a ocurrir. Todos tenían un buen nivel, sus motivaciones y sus capacidades eran diferentes pero sabían que tenían que aprovechar esta oportunidad.

Cuando estudié Filología Hispánica en la Universidad Complutense, terminando la carrera, me planteé otra forma de enfocar mi profesión ante el desánimo general que había entre mis compañeros. Los filólogos teníamos difícil encontrar trabajo, había muchos y pocos institutos. No todo el mundo que estudiaba Filología estaba motivado para la enseñanza pero aún así nuestra salida al mundo laboral pintaba un poco negro. Por este motivo para ampliar mis funciones, por motivaciones personales y puede que por una cierta sensibilidad, realicé un curso de Español para Extranjeros en el cual aprendí mucho, pero no me enseñaron cómo enseñar a escribir a alumnos y alumnas analfabetos en su propia lengua ni cómo hacer un

examen ni un informe de seguimiento, ni en qué consiste el alfabeto cirílico, ni por qué nos cuesta tanto asimilar las diferencias, ni... Quizá debería haber hecho tres cursos de Español para Extranjeros para aprender todo aquello. Me dieron mucho material en aquel curso y me motivaron para seguir con aquello pero lo que yo estaba haciendo ahora era tan específico que hubiera necesitado un curso posterior para aprender algunas cosas. Tenía una base buena pero tuve que aprender todo lo demás tropezando con pedruscos, maderos y hoyos y equivocándome en repetidas ocasiones.

Aunque era consciente de que había estudiado una carrera de cinco años y en aquel momento sólo estaba aplicando un quince por ciento de lo estudiado, no me preocupaba demasiado porque me encantaba lo que hacía y mi mente estaba en continuo movimiento. También sabía que aquello no duraría eternamente y que las aulas de enlace sufrirían cambios en el futuro. Obviando mis elucubraciones mentales sobre lo que podría pasar, me centré en lo que me ocupaba. Aprovechando que algunos alumnos salían a las asignaturas que les correspondían, miré los horarios y escogí una hora en la que todos los alumnos con un nivel avanzado estaban fuera del Aula de Enlace y decidí hacer un repaso de vocabulario básico. La idea era empezar repasando los objetos de la clase y seguir por el cuerpo humano, la ciudad, los transportes, los deportes y llegar a la casa y los objetos que podemos encontrar en ella.

Hice grupos de tres y durante diez minutos iban repasando entre los tres miembros todos los objetos que podemos encontrar en una clase. Después los apuntaban en el cuaderno para recordarlos y al final salían uno a uno a escribir en la pizarra los objetos que supieran. Cuando ya estaban escritos y corregidos repasábamos entre todos el significado. Iba mostrando todos los objetos que habían puesto en la pizarra: libro, cuaderno, tiza, estuche, pinturas, pegamento, tijeras...El siguiente paso era que todos los alumnos iban saliendo de uno en uno también y

pronunciaba el objeto a la vez que lo mostraba a sus compañeros. Si se olvidaba de alguno le preguntábamos y así hasta que todos y todas salieron. El último paso era un ejercicio por parejas. Se trataba de preguntar y explicar dónde estaba cada objeto y explicarlo debidamente: está debajo de, encima de, al lado de, cerca de...Escribí en la pizarra las expresiones más utilizadas. Yo me iba pasando por las mesas para escuchar los diálogos y resolver dudas. Algunos no se enteraban de nada, a otros les costaba mucho pronunciar una palabra por timidez e inseguridad pero la mayoría participaba bien y aprendía lo fundamental. Con un número más reducido se podían hacer este tipo de actividades porque ellos se distraían menos y todos podían participar.

A pesar de lo rápido que iba todo y de las dificultades que me iba encontrando poco a poco aún me daba tiempo para darme cuenta de la evolución de los alumnos del Aula de Enlace y de mi propia evolución. Sin olvidar en todo momento de donde venía, cuál era mi objetivo y qué quería hacer en mi vida se me pasaban por la mente estrellas fugaces de pensamientos vivos que me hacían darme cuenta de lo que estaba experimentado en aquella etapa de mi juventud. Me preguntaba cuántas veces me había sentido fuera del tiempo y dentro de mundo o al revés, e intentaba entender lo que podían estar sintiendo los alumnos y alumnas. Es cierto que el tiempo es el mismo para todos pero no todos lo vivimos de la misma manera. Algunas veces al entrar en el Aula de Enlace me daba la sensación de estar en otro tiempo, quizá en los años ochenta o noventa. Eran sus ropas, sus olores, su percepción de la realidad. Me acordaba de mi infancia y de las sumas y las restas. Sin embargo esta sensación iba desapareciendo con el paso del tiempo, en cuanto veía los móviles de los alumnos y empezábamos a hablar de Internet. Según vienen de sus países traen aquel despertar. En sus países el desarrollo es tan precario que podría compararse con el que teníamos en España en 1980.

Al percibir esta idea me preguntaba que ocurriría ahora si las cosas fueran parecidas cómo eran en una de las décadas más añoradas de la historia.

¿Sería difícil para ellos estar fuera del tiempo pero dentro del mundo? Les gustara o no habían aterrizado en un país económicamente más avanzado y con un desarrollo evidente. El mundo de las tecnologías, de la trampa, de la piratería y del videojuego. Quizá me paraba a pensar todo esto porque a veces era yo la que me sentía fuera del mundo aunque dentro del tiempo. Veía que había cosas que no iban conmigo que no entendía, con las que no me sentía identificada, ¿podría ser esa su sensación? Nos gustara o no, lo que estaba claro era que debíamos estar en el mundo todos y cuanto antes empezáramos a asumirlo, mucho mejor. ¿Qué significaba estar en el mundo?

El mundo puede ser un lugar hostil y un lugar maravilloso. En el mundo hay riqueza, hay pobreza, hay amor, hay guerra, hay amigos, hay enemigos, hay compromiso, hay indiferencia, hay solidaridad y hay pasividad...Estar en el mundo era asimilar el cambio, intentar un reto, tener ilusión con lo que se hace, tener afán de superarse, aprender, darse tiempo, conocer y vivir. Era imposible querer comprender todo lo que pasaba a mi alrededor y sentirme identificada de repente con algo que nunca había vivido. Lo que sí descubrí era que el tiempo era fundamental para estar en el mundo. Era importante aprovechar el tiempo, disfrutar el tiempo y tener tiempo para ver lo que había fuera y poder meterme dentro paso a paso.

Sin duda esta percepción sí podía compararse con la que pudieran estar teniendo los alumnos y alumnas. Quizá estuvieran fuera del tiempo, perdidos, desorientados, tristes, nostálgicos, puede que se sintieran incomprendidos, que no comprendieran nada ni a nadie, pero aun con todo, me demostraron con el tiempo, que eran tan capaces como yo o más de hacerse un hueco en el planeta. Sin querer comprender todo

de golpe, iban conociendo, se iban superando, se daban tiempo y vivían hasta abrirse un camino, mejor o peor, pero su propio camino.

Actividad día 4: la clase

Área: Español para extranjeros para alumnos del Aula de Enlace.

Etapas/Curso: Secundaria

Objetivos:

- ✓ Aprender el vocabulario de la clase, practicarlo y comprobar su utilidad.
- ✓ Trabajar las cuatro destrezas: comprensión oral, expresión oral, comprensión escrita y expresión escrita.
- ✓ Motivar la participación de todos los alumnos.

Materiales: Cuaderno, bolígrafos, lapicero, goma, pizarra, tizas.

Duración: 1 sesión. 1 hora y 30 minutos.

Descripción

1. Empezamos preguntando a los alumnos las palabras que conocen referidas a objetos que podemos encontrar en una clase.
2. Vamos apuntando en la pizarra las palabras que dicen hasta que ya no sepan más.
3. Después añadimos algunas que creamos importantes a la lista y repasamos el significado entre todos mientras anotan en los cuadernos las palabras escritas y su significado.
4. El siguiente paso es repasar de manera oral los objetos y mostrar el objeto al mismo tiempo que se pronuncia. Primero lo hace el profesor y después todos juntos repetimos las palabras al tiempo que se muestra el objeto. Por último cada alumno va saliendo al frente y haciendo lo mismo de manera individual. Muestra un objeto y pronuncia el nombre del objeto. Esto se puede hacer con palabras como estuche, lapicero, goma, sacapuntas, bolígrafo, pinturas, tijeras, pegamento, regla, diccionario, libro,

cuaderno...De esta manera memorizan de una forma sencilla las palabras y las relacionan con su significado.

5. Después de haber aprendido los objetos de la clase, dividimos a los alumnos en parejas que se sentarán juntas y mantendrán un diálogo. El diálogo consiste en añadir expresiones de lugar a la conversación y utilizar las palabras aprendidas. Por ejemplo el alumno A de una pareja pregunta: ¿Dónde está el cuaderno? Y el alumno B de la misma pareja responde: el cuaderno está encima de la mesa. Así hasta practicar con expresiones como: debajo de, encima de, al lado de, a la derecha, a la izquierda, entre, enfrente...
6. El profesor se va pasando por las mesas para escuchar las conversaciones de las diferentes parejas y corregir, ayudar o asesorar. Si es necesario se escriben en la pizarra expresiones que hayan olvidado y que les puedan servir.
7. Después de unos diez o quince minutos el profesor elige a una pareja para que salga al frente y realice delante de todos los alumnos y alumnas la conversación.
8. Al final, se comentan los errores y lo que no se haya comprendido bien.

Observaciones

Hay que tener cuidado de que los alumnos que se unan por parejas no terminen hablando en su idioma. Si se pueden agrupar a los alumnos de manera que no coincidan dos de la misma nacionalidad no les quedará más remedio que hablar en español, si no, es conveniente estar muy atento a que no utilicen su lengua para comunicarse.

Día 5: como una caja de bombones

Casi Llegando al final del período de Aula de Enlace, transcurridos los seis meses, aún fueron llegando alumnos y alumnas que se incorporaban a nuestras clases a mitad de curso. A principios de año llegaron Miloud, Nawal, Amina, Sana y Mohamed de Maruecos, Rodolfo de Brasil y Shan Shan de China. Llegaron de manera escalonada, lo que suponía que a medida que iban llegando cambiábamos la estructura de la clase para poder atenderles, hacerles una prueba de nivel, presentarnos y acoger al alumno de la mejor forma posible. Por supuesto, estos nuevos alumnos y alumnas tenían cada uno un nivel diferente y una forma de trabajar distinta, íbamos poco a poco adaptando la clase y adaptando nuestro trabajo.

Nawal y Mohamed más o menos tenían el mismo nivel, no conocían al abecedario y no eran capaces de escribir absolutamente nada en español, empecé desde cero. Sin embargo, Miluod, Amina, Sana y Rodolfo conocían un poco las letras y avanzaban más deprisa. Por otro lado estaba Shan Shan, se esforzaba por aprender y trabajaba de manera individual pero le costaba entender las cosas y tenía dificultades para relacionarse con los demás. Su progreso fue muy lento y muy escaso.

Los antiguos alumnos y alumnas seguían con sus tareas incluyendo a los que ya participaban de algunas asignaturas fuera del Aula de Enlace. Es cierto que era una mezcla un poco complicada, sobre todo porque ya teníamos más de doce alumnos en cada aula y tuve que traer más sillas y más mesas. Había que tener en cuenta que en dos meses aproximadamente algunos alumnos y alumnas de los primeros que habían llegado, dejarían el Aula de Enlace para incorporarse a su curso correspondiente en nuestro centro o en el que le correspondiera. Hasta que eso ocurriera yo debía seguir haciendo mi trabajo con

Los alumnos que se me habían asignado e intentar que el aprendizaje y la atención de cada uno fuera equivalente.

Cuando llegó Miloud la clase estaba bastante tranquila, todos trabajaban sus tareas, aunque siempre que llega un alumno o una alumna nueva despiertan su atención y sobre todo su curiosidad. Hicimos las presentaciones y le di la prueba de nivel para ver qué era lo que sabía de español. Pues realmente no sabía mucho de español y luego demostró que de la vida creía saber mucho pero en realidad no tenía ni idea. Era un alumno bastante conflictivo, en Lengua trabajaba bien pero distraía de vez en cuando a los alumnos haciéndose el gracioso y el listillo. Llegaron a mis oídos como tutora que había sacado los pies del tiesto en determinadas ocasiones contestando mal, siendo grosero y metiéndose con alumnas del centro. Hablé con él seriamente utilizando un intérprete y se hacía el niño bueno para librarse de la reprimenda. Ni se libró de la reprimenda ni se libró del castigo pero por lo que demostró, no le sirvió de nada aunque no hacía más que repetir “sí, profesora, lo siento, profesora”. A los pocos días fue acusado de intimidar a una alumna de 4º en el lavabo de las chicas y se armó la gorda. Había testigos y después de varios días de alboroto yo presagiaba el fin de aquel alumno, su paso por el Aula de Enlace en aquel centro iba a ser muy corto. Así fue, le expulsaron tres semanas (creo recordar) del centro, hablaron con sus padres y se ganó a pulso la fama que tanto se había estado trabajando.

Debía asistir al centro para revisar conmigo los trabajos que se le habían puesto para que en casa realizara. Estaba conmigo tres horas a la semana trabajando en la biblioteca y he de reconocer que traía las tareas hechas y se comportaba de manera adecuada aunque no era capaz de responder cuando yo le preguntaba ¿por qué lo has hecho? Cuando cumplió el castigo asistió unas semanas al centro y luego se cambió. No le volvimos a ver y me quedé con la desazón de pensar que aquel alumno no

había aprendido nada, en todos los sentidos ¿sería capaz de aprenderlos a lo largo de su vida? Esperaba que sí pero tenía mis dudas. Este tipo de situaciones perjudicaban al Aula de Enlace y echaban por tierra el trabajo que mi compañero y yo hacíamos intentando involucrar a los alumnos y alumnas en el centro de manera positiva.

El funcionamiento de la clase seguía con normalidad, algunos alumnos ya veían cerca el final de su tiempo en el Aula de Enlace y se preguntaban qué harían después, algo desconcertados y muy preocupados sobre todo algunos que no les correspondía el centro y debían irse a otro, por ejemplo Souhaila. En concreto ella no quería irse a otro centro y con sinceridad yo tampoco quería que se fuera, sabía que tenía un gran recorrido académico y podía llegar a titular, aunque asumía que no era mi labor esperar frutos inmediatos ni siquiera a largo plazo, pero a veces era tan evidente que me resultaba complicado no pensarlo e incluso no desearlo para ella. Me cuestionaba qué podía hacer yo para que pudiera quedarse en el centro y decidí investigar y enterarme si, dentro de unos meses, cuando acabara su periodo en el Aula de Enlace podría pedir un cambio o algo similar.

Una de las unidades didácticas más sencillas que pueden llegar a entender todos los alumnos y alumnas o casi todos era la que tenía que ver con saber preguntar y decir la hora que es. Decidí preparar una clase activa en la que todos pudieran participar y lo llevé a cabo. Comencé preguntando quién sabía decir la hora y como era obvio algunos, los que llevaban más tiempo en España lo sabían. Les dibujé un reloj en la pizarra y les expliqué como se contaban los minutos y cómo había que responder dependiendo de si la manilla grande marcaba en el lado derecho del reloj o marcaba en el lado izquierdo (menos o y). Puse varios ejemplos y los íbamos respondiendo en voz alta. Cuando más o menos estaba entendido dibujé unos cuantos relojes en la pizarra marcando horas diferentes, sobre todo

variadas (en punto, y media, y cuarto...) Debían dibujarlos en sus cuadernos y escribir la hora que era en cada reloj. Después de terminar lo corregimos en la pizarra, iban saliendo los alumnos y las alumnas y escribían la hora debajo de cada reloj correspondiente.

Había dibujado en una cartulina un reloj con manillas móviles como los que vienen en los juegos infantiles, bueno la elaboración había sido casera y sin medios tecnológicos, teniendo en cuenta mi poca habilidad para trabajos manuales, pero el objetivo era practicar las horas con los alumnos por lo que no importaban este tipo de detalles. Un a uno y con el moderno reloj de elaboración propio yo les iba preguntando ¿qué hora es? Y ellos me tenían que responder de manera correcta. Cuando todos hubieron participado les cedí el reloj, que casi terminó al final de la clase como los relojes del cuadro de Dalí, y ellos cambiaban las manillas a su antojo y preguntaban al compañero que querían, la hora que marcaba el reloj.

En cartulinas de colores había escrito la hora, por ejemplo, "Son las tres y media", las había cortado como si fueran tarjetas pequeñas y había dejado una cara sin escribir para que cada uno dibujara un reloj con la hora que marcara por la otra cara. Repartí a cada alumno tres tarjetas y en siete minutos debían dibujar los relojes con la hora correspondiente. Después cada alumno tenía que salir al frente y decir la hora que aparecía en su tarjeta y enseñar el dibujo que por detrás había hecho, entre todos decidían si estaba bien o estaba mal.

Esta actividad nos llevó prácticamente toda la mañana pero creo que quedó aprendida la lección para los que no lo sabían y repasada para los que lo sabían. Ellos estaban motivados, nos divertimos y al final de la mañana deberes!!! Nos salían las horas por las orejas, bueno, de eso se trataba. Para mañana vais a escribir... ¿Qué hora es? Puse en la pizarra horas en forma digital: 12:30, 07:15... y al lado ellos debían hacer el

dibujo del reloj y escribir con letras la hora que era. En realidad esto era casi lo que más me gustaba de dar clase en el Aula de Enlace, poder ser libre para preparar una actividad que dure toda la mañana y crear o investigar sobre nuevas formas de enseñanza del español. Esta libertad te reanima la imaginación y te tiene la mente en continuo movimiento, pensando, imaginando, creando juegos, comparando libros de texto, actividades que han hecho otros profesores de ELE y utilizando lo que puede ser útil para el perfil de alumnos y alumnas con los que te encuentras en cada momento. No todo el material sirve para todos los alumnos y no todas las actividades funcionan con todos los grupos.

Así, entre risas y llantos, entre luces y sombras y entre un ir y venir que a veces pesaba pero que otras veces te mantenía despierta y activa, pasaban los días y los meses. Quedaba poco tiempo para que muchos de los alumnos y alumnas que habían iniciado el curso en el Aula de Enlace se fueran a sus institutos correspondientes. Era bueno que fuera poco a poco asumiendo este cambio y sobre todo había que ir barajando propuestas para estos alumnos. ¿A qué curso se incorporaría cada uno? ¿Debía decidirlo yo? Pues sí, muy a mi pesar, porque presagiaba que iba llevarme un tiempo no escaso tomar aquella decisión, importante para su futuro académico. Hice una lista de todos los alumnos que se encontraban en esta situación y sin olvidar los que terminaban en el Aula de Enlace pero no pasarían a un curso de secundaria sino que solicitaría prórroga de tres meses para que continuaran aprendiendo español, había un grupo de ocho alumnos que deberían incorporarse a su curso de referencia. Más o menos todos tenían la misma edad, trece años, por lo que suponía que todos se incorporarían a 2º ESO, aunque decidí preguntar su opinión a los distintos profesores que impartían clase en el Aula de Enlace y después consultar a mi compañero que tenía más experiencia en estos trámites.

El tiempo que podían permanecer los alumnos en el Aula de Enlace era de seis meses, tiempo muy insuficiente para aprender un idioma. Los alumnos y alumnas que adquirirían un nivel superior y podían estar mejor preparados para pasar a su curso de referencia, al terminar los seis meses se incorporaban al curso que el tutor o tutora consideraba oportuno y los alumnos que no adquirirían un nivel adecuado eran propuestos para permanecer en el Aula de Enlace tres meses de prórroga que generalmente se concedía en la mayoría de los casos. La pregunta que surgía después de todo esto era ¿quiénes están preparados para seguir una clase de secundaria? Ninguno. Intentaba organizar la clase por niveles pero prácticamente era imposible que en seis meses un alumno aprendiera lo suficiente como para que no tuviera dificultades sobre todo con el vocabulario específico de cada asignatura. Afortunadamente esto cambió después, aunque algunas preguntas seguían siendo las mismas.

Los profesores me ayudaron mucho más de lo que creían diciéndome su opinión sobre cada alumno, pude así contrastar diferentes informaciones para poder tomar la mejor decisión, o mejor dicho, la decisión, porque quién sabe si era la mejor. Lo más coherente era proponer a los alumnos y alumnas del Aula de Enlace con un nivel más o menos aceptable a un curso por debajo del que le correspondiera por la edad pero no siempre esto se podía hacer.

El Aula de Enlace era algo parecido a lo que Tom Hanks hubiera denominado caja de bombones en Forrest Gump, nunca se sabía lo que iba a pasar ni qué tipo de alumnos estarían en cada momento. Había que estar preparado para lo que pudiera venir y había que aceptar y asimilar el cambio en todo momento. Dependiendo del grupo algunas actividades se podían llevar a cabo o no. Era importante ser consciente del perfil de los alumnos que componían el grupo. No todos los alumnos podían participar en todas las tareas. Nuestro objetivo fundamental o al menos el mío, era intentar educar a los alumnos y después

enseñarles español. Hablo de educar en el sentido más básico y concreto. El hecho de no saber cómo comportarse en un aula les iba a jugar malas pasadas pero muchos se iban sin aprender ni a tener respeto ni a saber estar.

Aquella caja de bombones que me tocó en mi primera experiencia como profesora de español era bastante variada. Había bombones de almendra, de licor, de chocolate blanco, grandes, pequeños, alargados, redondos...Lo curioso era que a pesar de sus diferentes sabores y sobre todo dulces y jugosos, aún había gente que no quería probarlos, bueno, en realidad, algunos no se atrevían ni a abrir la caja. Supuse que era precisamente por ese temor o incertidumbre a no saber lo que te iba a tocar y por si acaso lo que te tocaba no te gustaba un pelo.

Mientras corregían los ejercicios que les había mandado, me acerqué a la ventana del aula y a lo lejos se veía la Cruz de los Caídos, las montañas de la Sierra y el cielo despejado, una leve brisa movía las ramas de los árboles meciendo algunos rastrojos que cubrían el suelo y las ardillas jugueteaban entre los troncos escondiéndose de las miradas inoportunas de profesores curiosos como yo. Me venían a la mente las horas que había pasado dejando el currículum en academias y colegios, recorriendo Madrid de punta a punta con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Sin saber ni siquiera si yo era capaz de hacer lo que estaba haciendo y si podría poner en práctica lo que había aprendido en mis adorados años de universidad. Si en aquel momento alguien me hubiera preguntado qué era lo que quería hacer y dónde era donde quería estar, sin duda le hubiera respondido, enseñar español, aquí.

Actividad día 5: ¿qué hora es?

Área: Español para extranjeros para alumnos del Aula de Enlace.

Etapas/Curso: Secundaria

Objetivos:

- ✓ Aprender a preguntar y a decir la hora que es.
- ✓ Animar a la participación grupal y de esta manera colaborar en la motivación para una mejor expresión oral.
- ✓ Fomentar los momentos lúdicos.

Materiales: Cuaderno, bolígrafos, lapicero, goma, pizarra, tizas y cartulinas.
Reloj de fabricación propia.

Duración: 1 sesión. 1 hora.

Descripción

1. Explicación práctica en la pizarra dibujando un reloj y mostrando la diferencia entre la manilla grande, pequeña, las horas y los minutos.
2. Comprobar que han aprendido lo explicado dibujando algunos relojes en la pizarra y preguntando al azar a los alumnos ¿Qué hora es?
3. Ejercicio escrito en el cuaderno. Primero dibujar relojes y ellos deben poner la hora y después se escriben varias horas y los alumnos y alumnas deben dibujar los relojes marcando la hora dada.
4. Utilizando un reloj de cartulina con las manillas móviles se pregunta a todos los alumnos para que participen de forma oral. Todos van diciendo la hora que el profesor marca en el reloj.

5. Después los alumnos van saliendo al frente y son ellos los que ponen la hora que deseen en el reloj de cartulina y preguntan a los compañeros de manera individual la hora que marca.
6. Para terminar se realiza un ejercicio para relacionar las distintas horas con las actividades que se hacen durante el día. Crear un diálogo con las preguntas: ¿A qué hora te levantas? ¿A qué hora desayunas? ¿A qué hora entras al colegio?...Se escriben las preguntas en la pizarra y se les pregunta a los alumnos por diferentes actividades que puedan realizar, comer, estudiar, cenar, ver la televisión, acostarse.. Todos participan y responden. Después son los alumnos los que se preguntan y se responden entre ellos.

Observaciones

Se pueden hacer diferentes actividades, por ejemplo escribir una redacción explicando lo que hacen un día normal y a la hora que lo hacen. También es interesante explicar que algunos relojes muestran la hora de otra forma, los relojes digitales y hacer ejercicios de correspondencias: 12:35, ¿Qué hora es? Escribir la hora y hacer el dibujo del reloj.